José Antonio Saldías y Raúl Fernando Eguía

El comité de Loma Verde

SATIRA POLITICA EN DOS ACTOS

(HISTORIETA DE FUNCIONARIOS EJEMPLARES)

Estrenada en el Teatro Marconi de esta Capital, el 13 de diciembre de 1918 por la Compañía Nacional Ratti-Mary.

REPARTO

Mariana	Sra. Felisa Mary	Payador	Sr. F. Guaglianone
Nanita	» Alcira Ghio	Castellanos	» Carlos Bouhier
Petrona	» Susana Vargas	Cuaquito	» Juan Arriza
Eusebio	Sr. César Ratti	Sargento Pellejo	» G. Palomero
Don Lisandro	» Arceno Mary	Milico primero	» A. Palomero
Bordonazo	» Juan Fernández	» segundo	» Alfredo Ghisi
Dr. Pui	» Juan Bono	» tercero	» Arturo Pala

Jugadores — Policía — Pueblo.

La acción en un pueblo importante de la Provincia. Epoca actual.

PRIMER ACTO

La escena representa el patio de una casa de pueblo. Una [illegible] puerta lateral izquierda y en su muro una serie de carteles y retrato[illegible] de propaganda política. Dos puertas laterales a la derecha, que se su[illegible]pone dan a las habitaciones particulares de la casa. Al foro una pared [illegible] de poca elevación, culminada por un antepecho semejante al de los bal[illegible]ones. Al centro de la pared del foro, puerta de dos hojas. Foriille de ca[illegible]. Al exterior un escudo del que se verán las luces cuando obcurezca. Un gran foco en el centro de la escena. Al levantarse el telón es de tarde, a la entrada del sol, la media luz, da a la escena un aspecto sombrío. Hacia la derecha, Castellanos y Nanita, visiblemente nerviosos, apuran las últimas palabras de una conversación iniciada hace rato. Se oyen ls risotadas de la gente reunida en la habitación de la izquierda, el Comité.

Nanita y Castellanos

CASTELLANOS.—¿Qué me contestás?... Hay que decidirse de una vez...

NANITA.—¡De una vez! ¡Pero vos pensás sólo en vos, y no te das cuenta de la lucha que yo tengo que sostener!

CASTELLANOS.—¡Lucha!... Siempre llegamos a lo mismo. Decime. (*Apasionado*). ¿Me querés?

NANITA.—¿Lo dudás?

CASTELLANOS.—Contestame ¿Me querés?

NANITA.—Sí. (*Con firmeza*).

CASTELLANOS.—¿Y entonces, cuál es la lucha? Si me querés, seguime. Vámonos; vamos en seguida al Registro Civil, nos casamos, y a la casa de mi madre, para que nos dé su bendición.

NANITA.—Pero...

CASTELLANOS.—Entonces ¿para qué decís que me querés?

NANITA.—Porque te quiero... Pero mis viejos... ¡Todo... todo!...

CASTELLANOS.—¡No inventés fatalidades. ¿Te has mareado con el doctorcito ése?... Está bien. Yo quiero salvarte y salvarme ¿No querés? Bueno. (*Se encamina hacia el Comité*).

NANITA.—¡Castellanos!

CASTELLANOS.—¿Qué hay?

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

NANITA.—¿Adónde vas?
CASTELLANOS.—Voy allí... A hacer política yo también.
NANITA.—¡No!...
CASTELLANOS.—¿A vos qué te importa, si no me querés?
NANITA.—Sí, sí.

Dichos y Cuzquito

CUZQUITO.—(*Por foro*). ¿Qué le pasa? ¿Es con el señor?
NANITA.—(*Repuesta*). Le decía que sí, que allí era el Comité...
CUZQUITO.—(*Desconfiado*). ¿Es un nuevo afiliao? Hace mucho que debe e tenerle ganas. (*Mirada a Nanita*). ...al Comité, porque ya lo he visto por acá como pensando, "dentro o no dentro".
CASTELLANOS.—(*Con intención*). Sí; hace días que le ando con ganas. Hoy tomé la resolución definitiva, y cuando iba a entrar, vacilé; le pregunté a la señorita para hacer tiempo y ella me dijo que sí; que entrara, que sí; que éste era el Comité, y bueno... (*Mutis, al Comité*).
CUZQUITO.—Dígame, señorita. ¿Usted tiene algún dato del tipo éste? ¿Lo conoce? ¿Dentrará por política o por...?
NANITA.—Yo no lo conozco. Ni sé quien es...
CUZQUITO.—Si es por política, va bien... Pero sino... Y apropósito, esta carta y este osequio del dotor.
NANITA.—Pero...
CUZQUITO.—¡Guardelós, rápido! (*En el instante en que ella toma ambos objetos, sale Castellanos y alcanza a ver la carta que Nanita esconde*).
CASTELLANOS.—¿No entra para presentarme?
CUZQUITO.—Sí, ya voy. (*Vase Castellanos*). Conteste la cartita. Le conviene. (*Vase*).
NANITA.—¡Qué he hecho, Dios mío! (*Va hacia el Comité. Se detiene cerca de la puerta y rompe a llorar. Oye rumor de voces y se repone. Da luz al foco*).

Nanita, Eusebio, Lisandro y Bordonazo

EUSEBIO.—Con nosotros llegó la luz.
BORDONAZO.—¿Y quién la iba a hacer, sino ella,
celestial como una estrella?...
EUSEBIO.—Está bien, viejo... Hay que ubicarse.
LISANDRO.—¿Qué le pasa, m'hija?
NANITA.—Nada, papá.
BORDONAZO.—Por el rostro dolorido,
se conocè que ha sufrido.
EUSEBIO.—Ubicate, viejo. ¡Hay que ubicarse!
LISANDRO.—(*En aparte con Nanita*). ¿Has llorado?
NANITA.—No, papá... Me duele la cabeza. (*Vase por izquierda*).
BORDONAZO.—Al despedirse Nanita
m'entra una pena infinita...
EUSEBIO.—Ya no te ubicaste. La llevás perdida.
BORDONAZO.—Si es constante ha de volver. Y lo que quieras te juego.
EUSEBIO.—Lambete qu'estás de güevo. ¡Zás! A mí también me salió. Ya me ubiqué.
LISANDRO.—¿Y, muchachos?
EUSEBIO.—¡Hay que ubicarse!
BORDONAZO.—Es lo que debemo hacer.
Pero ante hay que hacerse ver.
LISANDRO.—¡Señores!...
EUSEBIO.—¡Fá! Nos ubicó un discurso.
LISANDRO.—...Pa ubicarse lo primero que hay que hacer es aplicarle el destierro político a las musas, consonantes y otros anexos.

———

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

EUSEBIO.—Muy bien, estamos en tren.

BORDONAZO.—Sí, pero si se acalla mi estro y el tuyo chamuya ¿ande v'a parar la tradición de Santos Vega, el Chaguepir de las pampas argentinas, idolatradas e inmensas?

EUSEBIO.—Bueno. Vamo al grano. En política hay dos clases de endeviduos: los otarios y los ranunes. Si nosotro no hacemo lo que yo digo, nos catalogamo entre los primitivos y podemo formar el "Orfeón Primitivo de los Otarios"; pero, como ninguno de los tres miembro correligionario semos otarios, haguemo una fuercita y ubiquémono.

BORDONAZO.—Hablás como un libro abierto, ¿pero y ande vas a parar el pegazo de tu fantasía?

LISANDRO.—Güeno. Yo le tengo fe a la palabra del mocito, pero hay que cerrar el chiquero antes que se escape el chancho.

EUSEBIO.—(*Golpeándose la frente como atacado de súbita inspiración*). ¡Ya está! ¡Ya está! ¡Usted! ¡Usted! ¡Usted es el Wilson de esta patriada!

LISANDRO.—¿Yo? ¡Hem! Mis patriadas ya son muchas; así que una más... ¡A mi juego me llamaron!... Desembuchá...

EUSEBIO.—Miren, correligionarios... Nosotro semo la carne de cañón... A nosotro se nos cacha, se nos chamuya, se nos pianta la libreta, votamo y se nos arroja como míseras partículas.

LISANDRO.—¿Cómo?

EUSEBIO.—Quiero decir que después que votamo, el candidato se ubica en la banca y nos da el opio. Entonce, como nosotro no somo otario, nosotro decimo: él se ubica, justo es que nosotro que lo hacemo ubicar, se ubiquemo, él no se ubica, que se jorobe por otario; como nosotro no somo otario, se ubicamo ante.

LISANDRO.—¡Pero muchacho! Hacés más cálculo que hígado de borracho. ¿Y los ideales democráticos?

BORDONAZO.—¿Y las tradiciones pretéritas que nos legaron los varones que hicieron patria?

EUSEBIO.—¡Araca! ¿Tienen mayoría? ¿Ustedes dos contra mí? Dígame usted. (*A Lisandro*). ¿Cuántos años hace que las va de política? Como cuarenta. Bueno, ¿qué ha sacado? Ni medio. ¿Por qué? Porque usted es un otario. Un momento. Vos (*A Bordonazo*) las vas de aviador en todas las canchas de taba de los comité y le has cantado a todos los candidatos triunfantes y ¿qué has sacado? Ni camisa tenés. ¿Por qué? Porque sos un otario. Entonce, ustedes son dos guisos; como yo no soy ningún otario, vengo a decirles lo que tenemo de hacer; a despertarlos a ustedes, porque ningún ciudadano, ni mamao ni dormido, debe tener inspiraciones contra la libertá de su patria... como dijo... Clamenceau...

EUSEBIO.—¡Pero cómo estás! Te volvés pura cháchara...

EUSEBIO.—Ahora viene lo bueno. El dotor va a triunfar porque nosotro tenemo prestigio y nosotro se lo prestamo. Entonce ahora cuando venga, usted (*A Lisandro*) va y le dice: estimado dotor: usted es un hombre de influencia, su partido está en el candelero, pero una elección no se gana si no hay elementos como nosotro a su lado. Usted tiene la guiñada del Gobernador, bueno, ubíqueno, dotor, a estos tres correligionarios dispuestos a servirlo incondicionalmente... después que estemo ubicados... Semo modesto. A usted, don Lisandro, le gusta la comisaría. Bueno. Comisario. Este que maneja la pluma como la palabra y la guitarra, director del diario oficial, y yo, con el juzgadito de paz, me arreglo. ¿Es mucho, esto?... ¿Es mucho? ¿Digan, no se ve la buena voluntad para ubicarse humildemente?

LISANDRO.—¿Sabés que tenés razón? ¡Me has convencido!, yo sería un buen comisario.

EUSEBIO.—¡Claro! ¿y éste? ¿Qué me dice de éste?

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

BORDONAZO.—(*Consentido*). Yo haré todo lo que pueda
Pa cuidar la ubicación,
y con esa obligación
v'ía mojar en la refriega.

EUSEBIO.—¡Taurón, viejo y peludo!

LISANDRO.—Bueno, muchachos, ¡que se doble pero que no se rompa! Yo voy a interpelarlo al doctor, y en seguida a explicarle las pretenciones de estos tres humildes correligionarios.

EUSEBIO.—¡Sursumcorda!

LISANDRO.—¿Eh?

EUSEBIO.—Es un latín que quiere decir, "dele cuerda".

Dichos y Cuzquito. Luego Castellanos

CUZQUITO.—Don Lisandro, hay novedades, ¿sabe?

LISANDRO.—¿Qué pasa?

CUZQUIITO.—¿Usté se acuerda del hijo del farruco Castellanos, el bolichero ese, que matamo hace cuatro años?...

LISANDRO.—¡Callate la boca!... Sí, me acuerdo.

BORDONAZO.—(*Al gesto de Lisandro, lo que se aproximan a enterarse*). ¡Dale! ¿No semo correligionario, acaso?

EUSEBIO.—¡Y... Hay que ubicarse!

CUZQUITO.—Bueno. ¿Se acuerda que andaba con cara de aburrido junando los carteles. Bueno. Se ha afiliao recién.

LISANDRO.—¡No digás!

CUZQUITO.—Mire, ahí sale. (*Aparece Castellanos del Comité*).

LISANDRO.—¡Hola, amigo! ¡Tanto bueno por aquí!

CASTELLANOS.—¿Como está, don Lisandro?

LISANDRO.—Lo felicito, amigo. Nosotros los buenos criollos debemos en política plegarnos a los partidos de ideales y de principios, donde la pureza institucional consulte las necesidades y aspiraciones del pueblo.

CASTELLANOS.—(*Con indiferencia*). Así es.

LISANDRO.—Yo fuí muy amigo de su padre...

EUSEBIO.—(*Ante la mirada de Bordonazo*). Y... El tipo se ubica...

LISANDRO.—Mañana entonces lo esperamos, amigo...

CASTELLANOS.—Pierda cuidado: he de volver...

CUZQUITO.—¿No falte, eh? (*Con intención*).

CASTELLANOS.—Soy poco faltador. Adiosito. (*Vase*).

CUZQUITO.—(*Guiñada a Lisandro*). Yo tengo de hacer. (*Vase*).

LISANDRO.—Andá no más. Bueno, vamos p'adentro.

EUSEBIO.—Vamo a ubicarse.

BORDONAZO.—Vamo hacia el interior.

EUSEBIO.—¿Qué hace, Anatolio Francia? Pasá... (*Vanse al Comité*).

Nanita y Castellanos

(*Sale Nanita; va hacia el foro. Observa la calle. Vuelve. Se oye rumor de voces y aplausos y la voz de Bordonazo que canta un estilo acompañándose con la guitarra. Nanita escucha. Hacia el final del canto entra Castellanos*).

CASTELLANOS.—¡Nanita!

NANITA.—(*Sobresaltada*). ¿Eras vos?

CASTELLANOS.—Sí. Yo que quise irme sin verte, y no pude resistir a la tentación de venir a decirte, por última vez, mi cariño y sus ansias. Decidite, Nanita.

NANITA.—Pero, no seas así.

CASTELLANOS.—Por última vez, por última vez, entendelo bien: ¿querés venirte conmigo?

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

NANITA.—Yo no te puedo contestar así, categóricamente...

CASTELLANOS.—Está bien.

NANITA.—Pero yo te quiero...

CASTELLANOS.—Bueno, qué le vamos a hacer... (*Pausa. Aparece Cuzquito detrás de la balconada*).

NANITA.—¿En qué pensás?...

CASTELLANOS.—En nada... Me iré a cualquier parte, no merecés ni siquiera que me atormente pensando en vos. (*Se oye un silbido, desaparece Cuzquito, se oye también rumor de conversación*). ¿Es esta tu última palabra? ¿Por qué estás pálida? Contestame...

NANITA.—Andate, andate pronto...

CASTELLANOS.—Sí... pero.

NANITA.—Andate. (*Castellanos va hacia la calle*). No, por ahí no... Allá al Comité... Andá, quiero hablarte después, quedate hasta lo último. (*Castellanos vase. Nanita se esconde detrás de la puerta. Pausa*).

Nanita, Pui y Cuzquito

CUZQUITO.—Pero, doctor, le juro que los he visto yo con mis propios ojos.

PUI.—¿No será que le tenés ojeriza al mocito?

CUZQUITO.—Dotor, si le tuviera ojeriza, ya me las compondría yo, pero no hay caso. Ese mozo se ha afiliao al Comité pa estar más cerca de la señorita, y nada más. Estoy seguro. Yo lo conozco. Es suscritor de diarios y folletos socialistas ¿sabe? Cuando yo estaba en el correo le clasificaba toda la correspondencia, y estoy seguro que es de los socialeros del pueblo. Y usted sabe, esos no se dan vuelta. A lo mejor, ha venido a minar el terreno.

PUI.—¿A qué? Si ellos no se presentan a la elección...

CUZQUITO.—Pero ¿y la señorita, no vale más que la elección?...

PUI.—(*Sonriendo maliciosamente*). Tenés razón, llamámelo a Lisandro.

CUZQUITO.—¡Don Lisandro! Ahí lo llama el dotor. (*Mutis*).

Nanita, Pui y Lisandro

LISANDRO.—Buenas noches, dotor...

PUI.—¿Cómo te va, Lisandro?... ¿Qué tal? ¿Qué tal?

LISANDRO.—Es una fijota la del domingo.

PUI.—Mirá, Lisandro... Hay algo grave que debemos resolver inmediatamente. ¿Quién es el nuevo afiliado?

LISANDRO.—Ernesto Castellanos...

PUI.—¿El hijo de aquél?...

LISANDRO.—De aquél, sí, doctor... El único crimen de mi vida.

PUI.—Eso no fué crimen... Se trataba de exaltaciones partidarias...

LISANDRO.—Todo lo que quiera, pero yo lo maté...

PUI.—Bueno... Según mis informes, no solamente este muchacho es socialista y nos viene a minar el terreno y a ponernos en descubierto, sino que le anda haciendo los bajos a tu hija, y la chica, a lo mejor sale echándolo todo a perder por consentirlo... Para eso te he llamado... Vos buscá alguna solución para que no nos moleste...

LISANDRO.—Dotor ¿qué me propone?... ¿Al hijo también?... (*Pausa*).

PUI.—Si se puede arreglar de otra manera... Hacelo provocar con Cuzquito... Que le den unos cuantos palos en la comisaría y una semanita. Por lo menos basta después de la elección...

LISANDRO.—Ese juego es peligroso, dotor...

PUI.—¿Por qué?

LISANDRO.—Porque, si la erramos, podemos quedar pagando... y...

PUI.—No te entiendo...

LISANDRO.—Quiero decir, dotor... que a lo mejor algún comedido que

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

sepa la cosa, puede echarnos pelos en la leche... ¡Hum!... ya no son los tiempos de antes, dotor...

PUI.—(*Marchando hacia el Comité con Lisandro*). En política todos los tiempos son iguales...

LISANDRO.—Veremos qué dice Eusebio... Voy a hablarlo. (*Mutis*).

PUI.—Vamos... (*Mutis. Se oyen los aplausos y vivas de la concurrencia y la voz aguardentosa de Eusebio que arenga*).

Nanita y Castellanos. Luego Cuzquito

NANITA.—(*Sale horrorizada de detrás de la puerta. Corre hacia el Comité. Se detiene ansiosa ante la puerta. Hace una seña y sale Castellanos*). ¡Ernesto! ¡Andate en seguida, andate hasta del pueblo!...

CASTELLANOS.—¿Qué querés decir?

NANITA.—Andate, Ernesto. Los minutos son preciosos, ocurre algo horrible... ¡Ay Dios mío! No puedo, no puedo más...

CASTELLANOS.—¿Qué nueva treta es ésta?

NANITA.—No te pongas así. Atendeme, andate de aquí. Yo voy a escribirte contándote todo. No salgas de tu casa hasta que te avise... Andate, Ernesto... ¡Por tu madre!

CASTELLANOS.—Venite conmigo, entonces. A tu lado no hay peligro que me asuste...

NANITA.—No, ahora menos que nunca, ahora es cuando soy más útil aquí y cuando puedo demostrarte todo lo que te quiero... Andate, Ernesto...

CASTELLANOS.—Bueno. Acabá de una vez, has preparado bien la cosa. Vos me fingís un peligro después de haber hablado con Pui... Te conviene atenderlo a él; es dotor, futuro diputado, y mentirme a mí que soy un "don nadie", pero trabajador y honesto, por si acaso te toca la de perder en este asunto...

NANITA.—Pero... oíme, Ernesto...

CASTELLANOS.—(*Retirándose*). Así tenía que ser...

CUZQUITO.—(*Sale. Observándolos*). Esta güeno...

CASTELLANOS.—¿Le parece? (*Vase*).

CUZQUITO.—¿Dígame, señorita: se acordó de la contestación pa'l dotor?... Mire que le conviene... En fin, usté sabrá... ¿Qué le digo? ¿Que sí? ¿Eh?

NANITA.—(*Con indignación*). ¡No!

CUZQUITO.—(*Insinuante*). Piense, niña... Mire que le conviene... ¿Que sí?

NANITA.—Ya le he dicho que no...

CUZQUITO.—Está güeno... (*Se dirige hacia el foro*).

NANITA.—Llévele la contestación al doctor...

CUZQUITO.—Aura tengo de hacer afuera.

NANITA.—¿Anda de pesquisa?

CUZQUITO.—Puede... ¿Quiere que le averigüe algo...?

NANITA.—No hace falta. (*Vanse. Nanita por lateral derecha. Cuzquito por foro*).

Lisandro y Eusebio

LISANDRO.—(*Del Comité*). Pero hablá, hombre, hablá. Se trata de impedir que el muchacho moleste hasta el lunes por lo menos. ¿Sabés?... ¿Te has quedado mudo? (*Pausa*). ¿Vos entendés?; yo no quiero hacer otra trastada. El dotor se ha encaprichao en que no moleste...

EUSEBIO.—¡Ah! ¡Ah! ¡Ya está! ¡Está! ¡Esta es lo hora!

LISANDRO.—Pero che, ¿te has vuelto loco?

EUSEBIO.—¡Loco de alegría! Llegó el dulce de leche... El Mesías bajó... La casualidad es una mina retacona y lindaza que pasa al lado de uno diciendo: ¡cachame, viejo! pero una sola vez en la vida... Hay que cacharla en el momento, y ubicarse, sino se le pasa el cuarto de hora y uno no se ubica más...

LISANDRO.—Menos palabras... ¿Qué se hace?

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

EUSEBIO.—¿El doctor se ha encaprichao? Que pague el capricho como manate... ¿Sabe cómo se arregla esto? ubicándono a nosotro que somo los únicos capaces de la patriada. Vaya y bátale eso al dotor... Yo le daré una manito...

LISANDRO.—¿Pero, y el asunto de Castellanos?...

EUSEBIO.—Castellanos viene aquí. Cuzquito lo provoca... El se cabrea... Nosotro lo piantamo al calabozo, y allí sabrá lo que tiene de hacer el señor comisario...

LISANDRO.—Bueno, pero sin lastimar al prójimo...

EUSEBIO.—¡Claro! Si no va a haber tiempo... La cana va a estar cerquita... Pero para esto hay que ubicarse... Chamuyar al dotor...

LISANDRO.—Vamos... Pasá.

EUSEBIO.—Después de usted, señor comisario... (*Vanse*).

Mariana y Nanita

MARIANA.—(*Entra golpeando las manos*). ¿No hay naide en esta casa? (*Golpea*). No se molesten. ¡Cha! Qué recebimiento le hacen a una... No hay naide. Claro con la política andan locos. (*Golpea*). ¿Pero no hay naide?

NANITA.—Hola, Mariana...

MARIANA.—¿Se puede pasar?

NANITA.—Sí... Siéntese.

MARIANA.—Gracias, m'hijita... Sí... voy a entrar un momentito... digo... si no te incomodo...

NANITA.—No, Mariana, valiente...

MARIANA.—Como sé que está el dotor...

NANITA.—¿Y eso qué tiene que ver?

MARIANA.—A lo mejor sale creyéndote sola, y se encuentra conmigo que le estoy estorbando... pero... yo me hago perdiz en cuanto me chiflen, m'hijita...

NANITA.—No habrá necesidad...

MARIANA.—¿Pero, cómo? ¿Todavía le andás cuerpeando?... ¿Serás tan sonsa?...

NANITA.—No hablemos de eso, vieja...

MARIANA.—¿Cómo, no hablemos d'eso? ¡Hablaremos y me has de escuchar!... Vos tenés que escucharme, y yo tengo la obligación de aconsejarte por la amistad y cariño que nos teníamos con la finadita tu mama... Vos andás chalada con el gallardete ése, que gana cuatro pesos por día, y no le alcanzan pa vivir él y la madre... eso es lo que hay... ¿No es cierto?... Decí... ¿no es cierto?

NANITA.—No diga cosas, vieja, Castellanos me festeja, es un buen muchacho y nada más...

MARIANA.—Pa noche güena la mis'el gallo. ¿Cómo, nada más? ¿Por qué no lo atendés al dotor, entonces? ¿No te gusta? Es joven, buen mozo, tiene plata, ahora va'ser diputao, y dispué... gobernador, presidente... ¡Quién sabe! A tu padre no le ha dao nada la política, anda bien montao desde que el dotor lo apadrina... Si no fuera por él... ¿Y vos, no te has mirao bien en el espejo? ¿Qué te ha dicho?... ¡Contestá!... ¿O todavía no sabés que sos linda?

NANITA.—Mariana, por favor, no insista, va a conseguir que me disguste...

MARIANA.—Dios me libre, m'hijita, yo te hablo pa tu bien... porque te quiero... Pensalo, m'hijita... ese es tu porvenir... Mirá, vos has nacido en un rancho pa ser princesa... Te aseguro... eso es... pensalo bien, Nanita...

Dichos y Pui, Eusebio, Bordonazo y Lisandro. Luego Petrona

EUSEBIO.—Señor director, estoy completamente a sus órdenes.

BORDONAZO.—Digo lo mismo, señor juez de Paz.

EUSEBIO.—¿El señor comisario no se ubica en la lista de los saludos?

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

LISANDRO.—Déjense de amolar, muchachos. Ante todo recuerden que hay que agradecer al dotor.

EUSEBIO.—Dotor, si es cierto que los corazones criollos vibraron ante los benefatores de agradecimiento, le juro que el mío vibra. De vera, dotor. Júnelo como vibra. (*Escuchándose*). ¡Vibra, araca!... ¡Hace dermmm!...

PUI.—Bueno, Eusebio. Que sea así como dices en tu lenguaje sencillo y pintoresco, y a no olvidarse del programa.

LISANDRO.—Dotor... la reparación institucional ante todo.

EUSEBIO.—(*Aparte*). Después de ubicarse... ¡Hem! Eusebio Sánchez Ramírez, juez de Paz de Loma Verde... ¡Casi nada!

BORDONAZO.—(*Mientras Pui se acerca a Mariana y Nanita*). Lo malo es que la reparación se reduce a cacharlo al forragaita, ese...

EUSEBIO.—¡Pero nosotro estamos ubicao!...

BORDONAZO.—A qué precio, también.

LISANDRO.—Ya te estás arrepintiendo. ¿Tenés miedo?

EUSEBIO.—Qué va a tener miedo... El, el bardo que hizo temblar con sus epigramas y carancanfunfanes los cimientos carcomidos de la oposición. ¡Qué va a tener miedo! Si se inspira con los crímenes. ¿No se acuerda del homicidio, uxoricidio y suicidio de Necochea? Este hizo la historia del crimen en ciento treinta décimas, cada una merecía una puñalada por lo menos..

BORDONAZO.—(*Halagado*). No tanto. (*Siguen hablando*).

MARIANA.—Yo se lo decía ricién, dotor... ¿No ves, sonsa? No le pase a tu tatita como a mí, que ya ve, dotor, ni un vainte pa parar la olla... Corrida por los chicos del barrio... Apedreada y sin refugio, doctor... (*Hace como que llora*).

PUI.—Tome, Mariana. (*Le da dinero*). Ahora no ocurrirá eso. Apenas Lisandro se haga cargo de la comisaría, vamos a hacerla respetar.

NANITA.—¿Papá, comisario?

PUI.—Naturalmente, Nanita.

MARIANA.—Ahí tenés un nuevo motivo de agradecimiento. Con permiso, dotor. Gracias, dotor. (*Se retira y lo habla a Lisandro. Pui y Nanita conversan*).

BORDONAZO.—Yo quisiera verte a vos en mi caso...

EUSEBIO.—No digás macanas. Yo en tu caso cataba la pluma, la empuñaba con la derecha porque no soy zurdo y ¡fá! un panfleto aquí, ¡fá! un cargo allá, ¡fá! un artículo necrológico a la política caída y ¡fá!... ¡Mi mujer...!

PETRONA.—Ahí estás; haciendo el charlatán... ¡fá! ¡fá! ¡fá!... ¡Fá, es el que te v'ía dar yo, desalmao!... Tres días alzao, y yo sin un cobre, viviendo a puro amargo... (*Concurren todos*).

EUSEBIO.—¿Pero decime, mísera sierva irrespetuosa, a quien los santísimos sacramentos me dieron por compañera... vos sabés si yo he comido?...

PETRONA.—Si no has comido, has chupao por lo menos... Yo, ni eso...

EUSEBIO.—¡Ah! te juro que cada vez que cachaba un copetín, lo tragaba diciendo: ¡hasta luego, vida mía!

PETRONA.—Bueno... Andá pa casa. (*Aparte*). ¿Tenés plata? Andá pa casa...

EUSEBIO.—¡Me estás desprestigiando ante los correligionarios, Petrona!...

PETRONA.—¡Andá pa casa!

EUSEBIO.—Te podés arrepentir...

PETRONA.—(*Arremangándose*). ¡Andá pa casa, te digo!

EUSEBIO.—¡Basta! ¡Basta! Por la independencia de la investidura, el juez de Paz de Loma Verde no puede aceptar imposiciones.

PETRONA.—Dejalo tranquilo al juez de Paz y vamos pa casa, que se me acaba la paciencia y te ví'a sacudir el polvo.

EUSEBIO.—Es que sos vos la que tenés que dejar tranquilo al juez de

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

Paz... ¡y el juez de Paz... soy yo!...

PETRONA.—¿Estás mamao?

EUSEBIO.—Los señores dirán. (*Todos afirman*).

PUI.—Sí, señora, Eusebio Sánchez Ramírez, juez de Paz de Loma Verde...

EUSEBIO.—¡Presente!

PETRONA.—(*Asombrada va hacia Eusebio cariñosamente, éste se ataja una bofetada imaginaria*). ¿Así, que sos el juez? ¿Entonces yo soy la jueza? ¡Eusebio! (*Abrazándolo*).

EUSEBIO.—Ubicate, vieja, ubicate. Matrimonio feliz para el campo, quiere llevar señora...

PETRONA.—Viejito, disculpame. Si yo hubiera sabido que estabas en esto, no vengo a incomodarte.

EUSEBIO.—(*Rígido*). Andá pa casa.

PETRONA.—Bueno, me voy. ¿Vas a venir a dormir?

EUSEBIO.—La independencia de mi investidura me impide ciertas confidencias. ¡Andá pa casa!

PUI.—Dejala, Eusebio... Después la acompañás.

EUSEBIO.—Dotor, se hará como usted manda. (*A Petrona*). Podés quedarte.

Dichos, Correligionarios, Castellanos y Cuzquito

(*Salen del Comité diez o doce individuos de dudosa traza. "¡Viva el doctor Pui! ¡Viva!" Todo algo achispados. Rodean a Bordonazo, Eusebio, etcétera*).

UNO.—¡Bordonazo! La del estribo...

TODOS.—¡Bravo! ¡Que cante Bordonazo!

PUI.—¡Dejá contenta a la muchachada!

BORDONAZO.—Muy bien, dotor.

EUSEBIO.—(*Acercando una silla*). ¡Ubicate, viejo! (*Bordonazo se sienta. Mientras templa la guitarra le rodean los Correligionarios. En un costado de la escena Pui y Lisandro conversan como maquinando un plan. Nanita a poca distancia de ellos y hacia atrás, los escucha. Entra Cuzquito y se coloca en sitio aparente para el público, observando de continuo la puerta*).

BORDONAZO.—(*Canta*). Yo canto y en mis cantares
de fluida rima altanera
historio de mi bandera
sus hazañas seculares.
Nunca e'ncontrado en mis lares
quien me pisara el palito,
no he reculado un chiquito
y siempre ensalcé celoso
al candidato rumboso
que's el que triunfa, m'hijito. (*Nanita da visibles muestras de horror y asco escuchando a Pui y a su padre. Retrocede después, de espaldas a la puerta del foro. Aparece en ella Castellanos. Este la chista y se inicia un diálogo animado, en el momento en que está por terminar el cantor, Nanita como decidida se deja tomar del talle por Castellanos*).

CUZQUITO.—(*Gritando*). ¡Guarda, dotor!

PUI.—(*Dándose vuelta y haciéndose cargo de la situación*). ¿Adónde van ustedes? (*Saca el revólver y apunta a Castellanos. Todos se paran*).

CASTELLANOS.—(*Sacando su revólver*). ¿Usted quién es? (*Varios sacan revólvers*).

PUI.—Ya te lo voy a decir.

LISANDRO.—¡Nanita! Venga p'acá...

NANITA.—¡No! Quieren fusilarlo, fusílennos juntos...

LISANDRO.—(*Decidido*). ¡Vení p'acá, mocosa! (*Tomándola de un brazo*)

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

NANITA.—¡Ernesto! (*Espectativa. Eusebio se esconde detrás de Mariana*).

BORDONAZO.—(*Viéndolo*). ¿Y vos, qué hacés allí?

EUSEBIO.—¡Araca, viejo! ¡Aquí va a haber biaba! ¡Hay que ubicarse! (*Intensa expectativa. Castellanos que se acerca a la puerta, de espaldas a ella, en un momento dado descerraja un tiro que apaga el foco. Obscuridad. Se ven varios fogonazos de los correligionarios. Se oye la voz de Eusebio que grita*): ¡Petrona! ¡Petrona! ¡Ay! ¿Dónde estás?...

TELON

SEGUNDO ACTO

Despacho del comisario. Una puerta al centro del foro. Dos laterales a la izquierda. Una a la derecha.

Sargento Pellejo y Milicos 1o., 2o. *y* 3o. (*Jugando al truco*).

MILICO 1o.—Usté da, compañero... (*Le alcanza el naipe*).

SARGENTO.—Vamos por una... yo soy mano...

MILICO 3o.—Pero como el que da no es manco...

SARGENTO.—Con cualquier cosa les ganamos y... a no manotiar las chirolas...

MILICO 3o.—¡Eh! Avise, compadre, ¿se cree qu'está en un cuartel...?

MILICO 2o.—No, mi compañero dice por las dudas, no más... (*Nanita cruza la escena dirigiéndose al foro. Lleva una pañoleta negra en la cabeza y un libro de misa*).

MILICO 3o.—(*Después de dar las cartas*). Es linda la hija del comisario, ¿no?... Juegue nada compañero, yo sé lo que le doy...

MILICO 1o.—(*Jugando*). Sí, pero me parece que esa prienda tiene dueño... Voy allá, haga la primera...

SARGENTO.—(*Mismo juego*). Si puede... me presta un peso...

MILICO 3o.—(*Jugando*). ¿No ha ligao?

MILICO 1o.—Ellos dirán...

MILICO 2o.—(*Jugando*). ¡Falta envido!

SARGENTO.—¡Pa... tus máices van las vacas!...

MILICO 1o.—¿Cuántas tiene, compañero?

MILICO 3o.—Son pocas, las mías...

Dichos y don Lisandro

LISANDRO.—(*Sorprendiéndolos*). Pocas van a ser las horas de plantón que les v'ía encajar... Sinvergüenzas... ¿Y usté, sargento, cómo es eso? ¿A ver, por cuánto jugaban?... ¿Dónde está la parada?

SARGENTO.—(*Que al aparecer don Lisandro habrá arrebatado el dinero de la mesa. Con timidez*). Aquí está, comesario... Dos pesos... Cincuenta por cabeza...

LISANDRO.—(*Autoritario*). Güeno, guarde esa plata pa comprar yerba... y ustedes, por ser la primera vez, vayan pa la cuadra; haga retirar, sargento, y cuidadito con que estas cosas se repitan ¿me entienden?...

SARGENTO.—(*Imperiosamente. A los milicos*). ¡Media güelta pa la cuadra, mar!... (*Vanse los milicos. Pausa*).

LISANDRO.—Y usté, sargento, deme las novedades. (*Se sienta en el escritorio*). ¡Arrimesé!

SARGENTO.—Al preso que está en el calabozo, ha venido a verlo tres veces el abogadito ese d'enfrent a la plaza, me dijo que le dijera a usted que si no lo pone en libertá hoy mismo, v'a ser una cosa fiera...

LISANDRO.—¿Eh?

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

SARGENTO.—Sí... Yo no l'entendí bien pero era algo del cuerpo...
LISANDRO.—¡Ah!... ¿Alias Corpu dijo?
SARGENTO.—Eso mismo... disculpe, comesario... ¿no?
LISANDRO.—(*Como hablando consigo mismo*). Ahora sí que se me puso la polca de un tranco...
SARGENTO.—¿Cómo dice, comesario?
LISANDRO.—(*Autoritario*). ¡Cállese la boca!... Mande un soldado a que lo llame al director del "Heraldo"...
SARGENTO.—(*Haciendo la venia*). Ta bien, comesario. (*Vase*).

Don Lisandro y Eusebio

EUSEBIO.—¿Está visible el comisario más gaucho de la provincia?
LISANDRO.—Entrá, Eusebio, has venido como de perilla.
EUSEBIO.—Oportunidad, viejo. (*Aparte*). Por donde salgo ubicándome. ¿De qué se trata?
LISANDRO.—Del detenido Castellanos...
EUSEBIO.—Mire que nos da que hacer. Después de habernos asaltado. Porque él nos asaltó...
LISANDRO.—(*Malicioso*). Bordonazo dice que vos te escondiste...
EUSEBIO.—Bueno, ¿qué es lo que ocurre?
LISANDRO.—El abogadito ese d'enfrente a la plaza me lo está palanquiando...
EUSEBIO.—Pero, viejo ¿y usté qué espera para largarlo? Araca, viejo. usté provoca la revolución; ¿y nuestra ubicación? ¡Araca, viejo! Le van a hacer un juicio político... A lo mejor me lo meten en Ushuaia... Largueló, viejo...
LISANDRO.—Pero mirá que sos flojo; ya te estás doblando todo como un atacao de cólico.
EUSEBIO.—Viejo... usté largueló... Yo sé lo que le digo... Cualquier mañana de esta se levantamo rítmica y perezosamente del lecho y se encontramo con un cantón en la iglesia... ¡Araca viejo! Perdemo la ubicación y áura que se me estaba haciendo cierta mi candidatura pa intendente...

Dichos, Sargento Pellejo y Bordonazo. Luego Castellanos

SARGENTO.—Comesario... El señor director del "Heraldo".
LISANDRO.—¿No t'e dicho, pedazo e bruto, que no le hagás hacer antesalas?
SARGENTO.—Así será, mi comesario.
LISANDRO.—Que pase en seguida.
SARGENTO.—Muy bien, mi comesario...
BORDONAZO.—Señor comisario...
LISANDRO.—Pasá de una vez. Dejate de almíbares...
EUSEBIO.—Che, director ¿y yo soy un cualunque aquí?
BORDONAZO.—¿Cómo te va... bisnieto de virreyes...?
EUSEBIO.—Haciendo lo posible por la ubicación.
LISANDRO.—Te he mandao llamar, porque Castellanos aconsejado por el abogadito...
BORDONAZO.—Ya me contó el sargento eso que él llama "del cuerpo" y que es el recurso del "habeas corpus"'.
LISANDRO.—Bueno, ¿y qué opinás vos?
BORDONAZO.—Que lo largue en seguida.
EUSEBIO.—Viejo. ¿Eh? ¡Qué vista la mía!... El juicio político, Ushuaia...
LISANDRO.—¿Les parece, che?
BORDONAZO.—Es de cajón...
EUSEBIO.—Entonces, viejo, la libertad... ¡Se impone, viejo!
LISANDRO.—¡Sargento!

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

SARGENTO.—¡Ordene, comesario!...

LISANDRO.—Traigameló al detenido Castellanos.

SARGENTO.—¿Encadenao?

LISANDRO.—No, hombre. Sacaselás... (*Vase el Sargento*).

EUSEBIO.—Viejo... Si le hemo aconsejao eso, es porque hay que darse cuenta que Ushuaia está muy lejos ¿y cómo hacemo nosotro pa llevarle cigarrillo y yerba?

LISANDRO.—Dejate e bolacear.

BORDONAZO.—Ahora mismo voy a hacer un suelto: "Un comisario ejemplar y el delincuente Castellanos..."

LISANDRO.—Che, eso de delincuente...

EUSEBIO.—Viejo, ¿y si en lugar de pegarle al globo nos pega en la sesera... ¿No es un delincuente?

SARGENTO.—Pasá...

CASTELLANOS.—¿Qué le ocurre al señor comisario? ¿Vamos a acabar de una vez? ¿Me fusilan o no me fusilan?

LISANDRO.—Menos altivéz, amigo... Por una consideración especial, no he hecho el sumario de práctica...

CASTELLANOS.—¿Así que usted es un comisario que no cumple con su deber?...

SARGENTO.—(*Levanta el rebenque como para pegarle*). ¡No te pasés, maula...!

LISANDRO.—¡Quieto, sargento!

CASTELLANOS.—Pegue, sargento... Hagasé el gusto ahora, que le va a durar poco...

LISANDRO.—Menos malevadas ¿eh? Está en libertad no más...

CASTELLANOS.—¿Me largan para hacerme matar en la esquina?

LISANDRO.—Matarlo; lo debí de hacer yo eso... Por m'hija no lo he hecho ¿sabe? No porque me falte hombría pa pelearlo y matarlo bien... Bueno y basta... Está en libertad... Retírese...

CASTELLANOS.—¿Y si yo no quisiera irme?

LISANDRO.—Sargento... Si dentro de un minuto no se ha ido, saqueló a guascazos hasta la calle... ¡No faltaba más! (*Converge hacia Bordonazo y Eusebio*).

CASTELLANOS.—¡Viva la patria! (*Socarrón*). ¡Vivan las autoridades de Loma Verde! (*Gesto de impotencia y de asco. Sale, seguido del Sargento*)...

EUSEBIO.—¡Chas gracias!... Bueno, viejo... ahora me hace ubicar a mí...

LISANDRO.—¿Qué querés decir?...

EUSEBIO.—Viejo... Yo estoy en el juzgado y no trago ni medio... ¿Entonce pa qué soy juez, yo?

LISANDRO.—¿Y tu sueldo...?

EUSEBIO.—¿Usted le llama sueldo a eso... ochenta duros pelaos? Pero áura viene lo bueno. Segovia ha edificao una casa que tiene diez metros de frente y él no ha comprao más que ocho.

LISANDRO.—¿Cómo es eso?

EUSEBIO.—¡Y! Se ubicó... Los otros dos metros son del ruso Comisski, lindero de la zurda... El interfecto se presentó y ante mí expuso: que Segovia le había caloteao dos metro... Como los dos querellantes son analfabetos consetudinarios e ignorantes remotos, yo lo asusté al criollo, diciéndole que tenían que voltearle la casa. Don Segovia se acoquinó todo, y me ha prometido mil duraznos pa que le arregle. Pa que no desconfíe hay que hacerlo en la comisaría. ¿Eh? ¿Se ubicamo?

LISANDRO.—(*Moviendo la cabeza como dudando*). ¡Hem! No es muy limpio...

EUSEBIO.—¡Araca viejo! Son trescientos treintitres duros con trein-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

titres pa cada uno. El centavito restante se lo giramo a la Sociedad de Beneficencia.

Dichos, Mariana y Petrona. (Estas ridículamente ataviadas)

PETRONA.—Señor comisario, señor director, ¿cómo están ustedes. (*A Eusebio secamente*) ¿Cómo te va?

LISANDRO.—Señora...

BORDONAZO.—A los piés de usted, señora...

EUSEBIO.—¡Araca! A qué me la piantan pa una jaula, con ese pamelín... ¿Y esas cintas? ¡Parecés un ventilador de fiambrería!

PETRONA.—Eusebio, por Dios, no seas grosero...

BORDONAZO.—No le haga caso, señora, está muy bien...

MARIANA.—Estos hombres... siempre los mismos... ¿qué entenderán de modas y de elegancia?

EUSEBIO.—Sí... muy elegante...

LISANDRO.—No seas así, hombre... no hay necesidá de estas indiretas.

PETRONA.—Pues, pa que veas, esos sombreros son de la última moda... ¡La envidia que se van agarrar en la iglesia las hijas del confitero!....

MARIANA.—¿Y las gringas del hotel que se ponen esos catafalcos en la cabeza?, mirá lo que vean la elegancia de estos dos modelos.

EUSEBIO.—¿Qué quiere usted con su elegancia?... A mí me parece que hoy se ocupan dos camas en el hospital de Loma Verde.

MARIANA.—¡Jesús, hombre de Dios!... Más lindo está usté con ese saco coludo. (*Por el jacket*). Parece el gringo de las pompas fúnebres...

PETRONA.—Estás imposible... Nosotras veníamos a buscar a Nanita.

LISANDRO.—¡Nanita!... ¡Sargento! haga llamar a la niña.

SARGENTO.—La niña salió pa misa temprano.... (*Vase*).

MARIANA.—¡Pícara! Bueno, la encontraremos allá...

PETRONA.—Eso es...

SARGENTO.—Comesario, ahí'stá Segovia...

EUSEBIO.—(*A Lisandro aparte*). Que no se entere Petrona... ¡Araca viejo! Sino se va a querer ubicar...

LISANDRO.—(*Alto*). Señor juez de Paz... Ahí tiene al hombre... Atiéndalo en la guardia...

MARIANA.—Si es por nosotras, que pase, ya nos vamos...

EUSEBIO.—(*Aparte*). No, viejo, que no pase... En cuanto vean vento fresco van a cáir como loros al maizal... Ya vuelvo. (*Vase*).

MARIANA.—Díganmen, ustedes, herejotes ¿no ponen ni una moneda en el cepillo de San Antonio?...

BORDONAZO.—¿Qué tenemos que ver con el cepillo del santo aludido?

LISANDRO.—Cosas de ésta... ¿Pa que va a necesitar cepillo San Antonio? ¿Pa la cabeza? Si es pelao. ¿Pa la ropa? Si los trajes son de madera...

MARIANA.—Don Lisandro no tome pa la jarana la cosa... El cepillo es la caja o la limosna...

LISANDRO.—¡Ja! ¡Ja! Esa es una alcancía, mujer... Tomá... (*Le da dinero*) Pa lo que v'aprovechar el santo, con razón anda tan redondo el fraile, se sacude con el cepillo e San Antonio...

MARIANA.—¡Dios los perdone, herejotes!

PETRONA.—Hasta luego. Volveremos con Nanita.

MARIANA.—No los saludés, mujer, que están condenaos. Vamos. (*Salen haciéndose cruces*).

LISANDRO.—Cuidao con cepillarse ustedes los cincos morlacos.

BORDONAZO.—¡Salud manequís vivientes! (*Se oye saludo de Eusebio*).

EUSEBIO.—¡Viejo!... ¡Araca! ¿No les pasará nada a estas mujeres?... ¿Por qué no me las hace acompañar con un milico?...

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

LISANDRO.—¿Por qué, hombre?

EUSEBIO.—Porque ahí acaba de pasar la perrera...

BORDONAZO.—¿Y? ¿Cómo te fué con el querellante analfabeto?...

EUSEBIO.—¡Che!... ¡Araca! ¿Ya no gozo de confianza en el triunvirato? ¿Cómo va a ir? Ubicao macanudamente...

BORDONAZO.—¿Cuánto?...

EUSEBIO.—Lo dicho, viejo... con el centavito pa la beneficencia y todo... Don Segovia dió vuelta el tirador y ¡fá! ¡fá! ¡fá! una pajarera con diez canarios.

LISANDRO.—Madrugador el mozo...

EUSEBIO.—Bueno, mande cambiar. (*Le estira un billete*).

BORDONAZO.—¿Para qué?

EUSEBIO.—Para hacer las hijuelas...

BORDONAZO.—No, hombre, arrojanos trescientos duros a cada uno de nosotros, y vos que encontraste el cliente, te quedás con cuatro cientos. ¿No le parece, don Lisandro?

LISANDRO.—Hagan como quieran...

EUSEBIO.—Perfetamente. (*A los billetes*). Canarios cantores, amarillitos y sonoros... ¡Ustedes tres! Vayan p'al bolsillo del vate más preclaro y esclarecido de Loma Verde... ¡Vayan no más!... Están en libertad. (*Los entrega a Bordonazo*).

BORDONAZO.—Bien venidos sean...

EUSEBIO.—Otros tres magníficos ejemplares p'al haras de don Lisandro, el gaucho más derecho del partido.

LISANDRO.—Dejalos por ahí. (*Eusebio los pone en el cajón*).

EUSEBIO.—(*Por los cuatro billetes restantes*). Y ustedes cuatro, quédense pa cría. Dos casales fundadores de la pajarera más papusa de Loma Verde... ¡Cómo van a cantar!...

Dichos y Cuzquito

CUZQUITO.—(*Agitado*). ¡Don Lisandro! ¡Don Lisandro!... ¡Este... este!...

LISANDRO.—¿Qué te pasa, hombre, venís corrido de los perros?...

CUZQUITO.—No... No es pa rairse. . La señorita acaba de juirse con Castellanos...

LISANDRO.—¡Eh! ¿Qué decís? ¡Mentís, canejo! ¡Decí que mentís!...

CUZQUITO.—No, don Lisandro... ¡Es cierto!... Yo estaba en la estación esperándolo al dotor... De repente llega el tren que va pa Güenos Aires y cuando ya iba a salir, casi caminando el tren, ¡fá! los dos que se subieron. Yo corrí pa verlos bien y los vide... con estos ojos...

LISANDRO.—¡Perra! ¡Mala hija!

EUSEBIO.—¿Y por qué no viniste a avisar en seguida?...

CUZQUITO.—Lo estaba esperando al dotor... Apenas llegó le conté... El se ha ido p'al telégrafo y ha pedido que los cachen en las estaciones por donde pasen...

BORDONAZO.—Don Lisandro, no se ponga así; en la primera estación les dan caza...

LISANDRO.—¿Hace mucho d'eso?...

CUZQUITO.—Unos diez minutos...

LISANDRO.—¡Ya ven! ¿Pa qué lo he largao? Ustedes me aconsejaron y le dieron el arma al otro... ¡Canejo!

EUSEBIO.—No, viejo, no nos cargue el fardo a nosotro. ¿Y Ushuaia? ¿Y el juicio político?

LISANDRO.—Qué me importa... ¿Y mi hija?

EUSEBIO.—¡Y, viejo! Su hija está ubicada... ¿Qué va a sacar con cas-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

tigarse la bota con la lonja del rebenque?... Los cachan y usted aquí la faja a ella y después los casa. ¿Pa qué estoy yo aquí?

LISANDRO.—¡Pero hay que hacer algo!

CUZQUITO.—El dotor pidió personalmente, invocando su nombre, la detención... les dió las señas y todo...

BORDONAZO.—(*Mirando la hora*). Faltan dos minutos para que el tren llegue a la primera estación.

CUZQUITO.—¿A Quebrachales? Ya ha llegao.

LISANDRO.—Andá p'al telégrafo, a ver si llegan noticias.

CUZQUITO.—Voy de seguida. (*Vase*).

Dichos, Petrona y Mariana, luego Cuzquito

PETRONA.—¿Pero, es cierto lo que nos acaban de contar?

MARIANA.—¿Será posible?

PETRONA.—A mí me lo dicen diez veces y todavía no lo creo...

MARIANA.—Mírenlan... Decía que iba pa misa y se mandó mudar antes de la bendición... Qué barbaridá... Ya lo sabe todo el pueblo...

LISANDRO.—También con tu lengua, no sé cómo no aujereás las puertas pa ver lo que pasa dentro...

MARIANA.—¡Ave María, don Lisandro!... El que contaba la cosa riyéndose como un bendito era el jefe de la estación, que los tuvo escondiditos hasta que iba a salir el tren... Nosotras pa cerciorarnos nos juímos hasta allá... Vimos el banco en que habían estao sentaos llenito de cáscaras de maní... Ella pidió un vaso de agua... él fumo un cigarrillo, y después volaron... Pero yo quisiera saber como se hallaron los dos.

PETRONA.—¿Pero no te lo he dicho ya? Dijo el vasco Iturbide que lo había visto dentrar a Castellanos a la casa del abogadito de enfrente a la plaza... Que el mucamo del dotor se fué hasta la iglesia y volvió con Nanita, que el dotor les dió el auto de él pa que fueran a la estación, y que el jefe ya estaba en la cosa. Lo demás que nos cuenten ellos.

MARIANA.—Sí, pero además...

EUSEBIO.—¡Basta! ¡Eh! ¿Ustedes son dos mujeres, dos moléculas, dos artefactos o dos grafófonos con trenza?...

PETRONA.—¡Pero todo el mundo lo dice!... Nosotras...

EUSEBIO.—Ustedes lo que son, son dos candidatas a ocupar dos camas del hospital de la localidad... ¡Basta! ¡No me contesten!

LISANDRO.—(*Que ha quedado pensativo*). ¡Sargento!

EUSEBIO.—(*Aparte*). ¡Fá! ¡Las mete en el calabozo!

SARGENTO.—Mande, comesario...

LISANDRO.—Me los cita pa que vengan inmediatamente a la comisaría al jefe de la estación, al dotor Alvarado y al vasco Iturbide... Rápido... Ya está en camino...

SARENTO.—Tá bien, comesario.

BORDONAZO.—¿Qué va a hacer, don Lisandro?...

LISANDRO.—¿Que qué voy a hacer? A encajarles una marimba e palos, encerrarlos en el calabozo y que los salve el diablo.

EUSEBIO.—¡Araca, viejo! Usté sale de una y se mete en otra.

LISANDRO.—No amolés, hombre.

EUSEBIO.—Usté ya ni se acuerda de Ushuaia, del juicio político. ¿Cómo hacemo pa los cigarrillos?

LISANDRO.—Yo me hago responsable de todo... Se trata de m'hija...

CUZQUITO.—¡Don Lisandro! Ya están... Ya los cacharon en Quebrachales... El dotor mandó el auto pa que los traigan en seguida...

MARIANA.—¡Ya los cacharon!...

LISANDRO.—Muy bien... ¿Tardarán mucho?...

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

CUZQUITO.—¿Usté no manya la maquinaria del dotor? En una esalación están aquí.

LISANDRO.—Está güeno... ¿No sabés si el dotor va a venir?...

CUZQUITO.—Sí, me dijo que le batiera que venía dentro d'un rato. Voy a campanearlo. (*Vase*).

MARIANA.—Nosotras nos quedaríamos, pero si incomodamos...

EUSEBIO.—¡Qué papá! Miramelá como se ubica, la vieja... Váyansen no más, ványansen, aquí no hacen ninguna falta.

PETRONA.—¡Ave María! ¿Pa qué son las amigas, sino pa los momentos difíciles?...

EUSEBIO.—Sobre todo ustedes que parecen peones de saladero, siempre cuereando... ¡Andá pa casa!

LISANDRO.—Bueno, ¿qué es lo que quieren ustedes?

MARIANA.—Don Lisandro... Nosotras, verla a la pobrecita... a lo mejor le da el mal y no hay nadies pa cuidarla... Mire que le va a dar el mal... (*Lisandro hace un gesto de duda*). Pero cómo no, don Lisandro, ¿no ve que es la primera vez que lo hace? A mí cuando lo hice la primera vez, me dió el mal y todo.

LISANDRO.—Güeno, pasen adentro... Ya se les avisará...

EUSEBIO.—(*A Petrona*). Te había dicho que fueras pa casa... Luego tres horas en el rincón...

PETRONA.—Pero, viejito, ayer me tuviste toda la madrugada sobre la mesa e luz...

EUSEBIO.—Hoy tres horas en el rincón... ¡Te v'ia enseñar, sierva irrespetuosa!... ¡Rajen! ¡Ya! (*Salen ambas hacia las piezas interiores. A Bordonazo*). Me parece que el comisario hace una macana, mirá como está... Hablalo vos que te hace más caso...

BORDONAZO.—Tenés razón. (*A Lisandro*). Vea, don Lisandro. Mi opinión es que en estos asuntos hay que andar con pié de plomo. Tenga cuidado con lo que hace, porque usted no puede detener a ninguno de los tres, porque no hay delito.... Así que...

LISANDRO.—Ve, muchacho, ve... Me han manoseao, han ayudao al perdulario ese a que me robe m'hija qu'es mi honra ¿sabés? Y eso, Lisandro Correa, no lo perdona, así fuera un manate encopetao ¿sabés? Bueno. No hay delito ¿decís? ¿No son encubridores y cómplices?...

BORDONAZO.—Don Lisandro, su hija es mayor de edá, y ellos pueden aducir que no sabían de su oposición...

EUSEBIO.—Pero si no ha habido ni oposición. ¿No se piantaron en seguida?

LISANDRO.—¡Eso, canejo, es lo que da rabia!... ¿Por qué no jugó derecho el mozo ése?... ¿Por qué no me pidió la muchacha? ¡Pa esto... pa esto!... Y vean, muchachos, los consejos no sirven pa nada, en estos casos.

SARGENTO.—Ahí me comunican los citados, que vienen en seguida.

LISANDRO.—En cuanto lleguen me los vas metiendo al calabozo...

SARGENTO.—Tá bien, comesario. (*Vase*).

Dichos y Pui

PUI.—Lisandro, siento mucho lo que ha pasado... Por suerte los han detenido y ahora no más estarán aquí...

LISANDRO.—¿Qué me dice, dotor?...

PUI.—Todo se puede arreglar.

LISANDRO.—¡Qué se va a poder arreglar, dotor! Mañana v'ia ser la burla de todo el pueblo, como pa ser autoridá... Yo renuncio, dotor...

PUI.—No tomés las cosas así... Yo soy tu amigo... Todo se arreglará...

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

LISANDRO.—Gracias, dotor... Pero me parece difícil. (*Siguen hablando*).

EUSEBIO.—(*A Bordonazo, aparte*). Mirá, polícromo cusifay. Yo sé lo que digo... El viejo áura renuncia, porque está chivato... Entonce vos te vas al diario y decís que es difícil encontrar un sucesor de don Lisandro y batís que el único tipo capaz soy yo, yo que te hago morfar cuatro vigilantes, en lugar de los dos que te hace morfar don Lisandro. ¿Eh? ¿Qué te parece?

Dichos, Sargento, Nanita, Castellanos y Cuzquito

SARGENTO.—Ahí tráin detenidos a Castellanos y a la niña. (*Vase*).

LISANDRO.—Pasen... (*Al aparecer Nanita, Lisandro empuña el rebenque como para descargarlo. Castellanos se pone ante Nanita y Pui le toma la mano. Entra Cuzquito*).

PUI.—Lisandro... ¿Qué vas a hacer?

EUSEBIO.—(*A Bordonazo*). ¡Araca, la faja!...

LISANDRO.—¿Así que esta es la puñalada que usté me quería pegar?... Puñalada e pícaro... (*A Nanita*). ¿Y vos?... ¡Hablá vos!... ¡Sinvergüenza!... ¿Así cuidás mi honra? ¡Hablá!...

CASTELLANOS.—Don Lisandro, yo...

LISANDRO.—A usté no le pregunto nada... Usté ésta me la paga, pero no como comisario... como hombre. (*Pausa. Nanita se acerca a su padre, segura de sí misma, mirándolo a los ojos. Ya junto a él y con voz velada por la indignación*).

NANITA.—¿Al hijo también?

LISANDRO.—(*Sorprendido y adivinando la intención de sus palabras*). ¿Eso es todo lo que tenés que decirme?

NANITA.—No; tengo muchas cosas más... Tengo que decirle a usted, que cuida tanto su honor, (*Mirando a Pui*) quién tiene la culpa de que me haya ido; tengo que decirle que Ernesto y yo nos íbamos para casarnos... Sí, para casarnos como Dios manda...

LISANDRO.—A ver... ¿quién tiene la culpa?...

NANITA.—¡Ese! (*Señala a Pui*).

PUI.—¿Yo?...

NANITA.—¡Sí, usted!... ¡Usted que viene a buscar la contestación de la carta que me mandó con este otro sinvergüenza! (*Por Cuzquito. Eusebio lo detiene a Cuzquito que quiere irse*).

LISANDRO.—¿Usted, dotor?

PUI.—No hagas caso, Lisandro... Son cosas...

CASTELLANOS.—¿Cosas? ¿Y esta carta... (*Exhibiéndola*) esta carta, donde usté le propone llevarla a Buenos Aires, ponerle casa, comprarle automóvil, como si eso valiera más que un cariño leal y una honradez a toda prueba?...

LISANDRO.—¿Usted, dotor?...

PUI.—Pero, Lisandro, yo no...

LISANDRO.—Callate, trompeta, porque te v'i'hacer sonar las quijadas de un talerazo... ¡Sargento!

SARGENTO.—¡Ordene!...

LISANDRO.—Pasemelós a estos dos... (*Por Pui y Cuzquito*).

SARGENTO.—(*Vacilando*). ¿Al dotor?

LISANDRO.—Sí, a ese y a ese otro...

PUI.—Lisandro, no te ofusqués, todo esto es un mal entendido. Yo voy a aclarar...

LISANDRO.—(*Mira a Bordonazo y a Eusebio, los cuales le hacen gestos de que lo escuche*). ¿A ver, qué tiene que decir? (*Al Sargento*). Andá, no más.

PUI.—Yo no he medido el alcance de mi proposición... ni sabía que la muchacha estuviera ennoviada... Eso es todo... Yo nunca le he faltado, ella lo puede decir, no he hecho más que hacerle regalos que ella rechazaba y tener gentilezas con ella... ¿Se quieren ellos dos? ¡Que se casen! Yo no tengo nin-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

gún rencor... ¡Que sean felices! ¡Perdóneme, Nanita! (*Le tiende la mano*). ¡Sea generosa! (*Nanita mira a Castellanos que hace gesto indefinido*).

NANITA.—Yo no tengo nada que perdonarle. (*Le da la mano*).

PUI.—¿Y usted, amigo?...

CASTELLANOS.—¿Amigo?

PUI.—Amigo, sí... Por si acaso, sepa que mañana mismo mi casita de la loma pertenece a su señora madre...

CASTELLANOS.—¿Cómo?

PUI.—Lo que ha oído, y no le hago a usted el regalo, porque lo sé suficientemente altivo para rechazarlo... (*A Lisandro*). Perdoname, viejo Lisandro...

LISANDRO.—Dotor...

EUSEBIO.—(*A Cuzquito, que sale corriendo*). ¡A ver, vos, mándria! Andá a buscarme el registro... Digo... Porque me parece que estos dos tienen muchas ganas de casarse... ¡Que se casen, viejo! ¿Pa qué está aquí el juez de Paz y jefe del Registro Civil de Loma Verde?...

SARGENTO.—Ahí están los citados; ¿los paso al calabozo no más?

LISANDRO.—Este...

EUSEBIO.—¡Araca, viejo! Dotor, dígale que los suelte.

PUI.—¿Quiénes son los detenidos?

LISANDRO.—Los encubridores de la fuga...

EUSEBIO.—Casi nada. El jefe de la estación, el dotor Alvarado y el vasco Iturbide, casi nada. La revolución, viejo... El cantón de fierro...

PUI.—¡Caramba! Esa es una trastada... Yo los voy a hablar.

LISANDRO.—Hágame el favor, dotor... (*Vase Pui. Lisandro conversa con Bordonazo y Castellanos*).

Dichos Mariana y Petrona. Luego Cuzquito

MARIANA.—(*Con Petrona*). ¡M'hijita!... ¿Por qué hiciste eso?

PETRONA.—Lo sabe todo el pueblo, y no por nosotras...

MARIANA.—No, porque nosotros, no estuvimos más que en la estación, en lo de mi comadre Tránsito, y en lo del ferretero...

EUSEBIO.—Ah, entonces no lo saben por usted.

MARIANA.—¿No te dió el mal, che?...

NANITA.—No...

MARIANA.—¡Ay, cuando yo me escapé por primera vez y me piyaron, me agarró una pataleta!...

EUSEBIO.—¿Y la segunda vez?

MARIANA.—La segunda, ya no... Después de probar una vez, no se sufre tanta emoción.

PETRONA.—¡Mariana! Por Dios, ¿no tiene vergüenza de contar esas cosas?

MARIANA.—¡Bah! ¿Acaso es una novedad? Eso lo sabe todo el mundo...

EUSEBIO.—(*Llama a Bordonazo, aparte*). ¡Araca, viejo! Me perdí la comisaría... ¿Vistes? Y vos te perdés dos vigilantes... Esta vez nos falló la ubicación...

MARIANA.—¿Pero qué me contás, che?... ¿Eso hizo el dotor?

CUZQUITO.—(*Con el libro del Registro*). Aquí está el broli...

EUSEBIO.—Señores, a prepararse...

PETRONA.—¿Qué vas a hacer, che?...

EUSEBIO.—Callate la boca, que me debés tres horas de rincón...

MARIANA.—¿Así que es cierto, Nanita?... ¿Se van a casar, che? ¡Ay! Yo me acuerdo de mi tercer matrimonio; en medio del ato cevil, le dió un patatúz al juez y como no nos pudo casar, nos fuimos sin casarnos, no más...

EUSEBIO.—Bueno, vamo, vamo, que ya me estoy cabreando... A ver si se vienen a casar de una vez. (*Se sienta a escribir*). Pongansén allí... (*Los*

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

testigos son Cuzquito y Bordonazo). Vamo a ver... Juana Correa, ¿de cuántos años?... Pero sin grupo... Araca, que es pa'l registro...

NANITA.—Veintidós.

EUSEBIO.—Argentina... Profesión, profesora de piano.

NANITA.—Pero yo no sé tocar el piano.

EUSEBIO.—¿Ah, no?... Bueno, de todos modos es p'al registro. ¿Usté?

CASTELLANOS.—Ernesto Castellanos, veintisiete años, argentino, jornalero.

EUSEBIO.—Araca, qué ganas de acabar pronto tiene. Me lo largó de golpe.

BORDONAZO.—¿Nacionalidad, jornalero?

EUSEBIO.—¡Zás! ¡Es cierto! Bueno, de todos modos es pa'l registro.

SARGENTO.—Dice el dotor que ya está arreglao eso...

LISANDRO.—Bueno...

EUSEBIO.—(*A Nanita*). Firme.

NANITA.—¿Aquí?

EUSEBIO.—Donde le dé más rabia. Es p'al registro. (*Nanita firma*). Aura usted. (*A Castellanos. Este firma*). Y colorín colorao, que ustedes ya están casaos. (*Se oyen dos disparos de bombas y un redoble. Gran revuelo. Eusebio se esconde detrás de Petrona*). ¡Viejo! ¡La revolución, el cantón de fierro!...

LISANDRO.—¡Sargento! ¿Qué es eso?

SARGENTO.—Es el circo que anuncia la función del debute. (*Risas*).

EUSEBIO.—(*A Petrona*). ¿Qué hacés aquí delante mío, te crees que tengo miedo? ¡Si hubiera sido la revolución, mi pecho hubiera estado frente a las bayonetas.

TELON.

FIN DE LA COMEDIA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

CAPITAL:		INTERIOR:	
Trimestre	2.40	Trimestre	3.—
Semestre	4.80	Semestre	6.—
Año	9.60	Año	12.—

NÚMERO SUELTO:

Capital	0.20	Interior	0.25

PAGO ADELANTADO

número atrasado 0.40 centavos en la capital—0.50 en el interior

BAMBALINAS editará todas las obras del teatro nacional, hayan sido o no impresas por otras publicaciones.

Pidase BAMBALINAS en kioskos, subterráneo, librerías y puestos de periódicos.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer